

A Tomás y José Vicente, hermanos entrañables,
la Gracia y la Paz de Jesús.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo. Es Él quien nos consuela en toda tribulación, para que nosotros podamos ofrecer a todos el consuelo, de su Hijo, con quien nosotros somos consolados por él. Pues si es verdad que en éste camino apasionado de volver a sus huellas, abundan en nosotros sus sufrimientos, también es verdad que ya nace en nuestros corazones el consuelo que se irá desbordando cada vez más en paz y en gozo.

Nuestra fraternidad está atravesando la noche del nuevo éxodo. Estos últimos días que hemos vivido juntos, ha llegado a mi alma la inquietud por ésta hora y la necesidad de compartiros lo que el Señor me va sugiriendo sobre el camino que vamos haciendo. La noche en ésta tierra desolada, en ésta Iglesia pequeña, en éstos pueblos en ruinas, en ésta fraternidad tan frágil, nos hace correr el riesgo de la vuelta sobre nosotros mismos, del miedo desesperado por causa de nuestra pequeñez, de la paralización y la cobardía en las sendas. En realidad si hemos entrado en la noche, ha sido por dejarnos llevar por el Crucificado, al camino nuevo y vivo abierto por El para nosotros. Torna lo decía el otro día. Juntos confesamos la hondura pascual del servicio apostólico. Ya no podemos comprender ésta liturgia de la misión, sino es desde la mesa y el camino, del Santo Siervo Jesús, el Crucificado Señor de la Gloria.

Esta brecha, a la que Mauro aludía, es un pequeño intento de pasar por la brecha que El ha abierto en el muro, atravesando así la espesura de la historia, que es la espesura de la Cruz. ¿Hay que cerrar la brecha abierta? ¿Podemos pactar entre unos y otros la forma de tapiar la brecha que El abrió y ya nadie puede cerrar? El instante que vivimos no es para volver la vista atrás, ni para tomar otra senda. Sus huellas marcadas por ésos pies adorables, están en el camino, marcadas con sangre. Agraciar la gracia de la humanidad y la creación entera desde su absoluta Gracia, en ésos gestos y palabras sencillas de evangelizar a los pobres, siendo pobres con su pobreza.

Pero nuestro abatimiento, nuestras impaciencias, nuestra amargura, revelan que no teníamos el corazón a punto. Hombres curtidos en los análisis históricos y hechos a las páginas más bellas de la teología bíblica, no hemos aprendido todavía a adorar. Adorar no es estudiar, ni reflexionar. No es ni siquiera orar, si por orar entendemos el mirar y el contar, el escuchar y el darse. Adorar es postrarse rostro a tierra, para aclamar extáticamente su inmensa gracia y fidelidad. O mejor es acogerse a su seno como chavalillo pequeño que da saltos de alegría solamente por El. Adorar es una confesión que germina en el corazón y florece en los labios: JESUS, CRISTO, SEÑOR !Jesús, Hijo enviado!!Cristo, Hijo entregado! !Señor, Hijo entronizado! Junto a la mesa de la Eucaristía, bajo la sombra de la Cruz, en la ardiente oscuridad, cantar con inmensa alegría: Gloria al Padre, por el Hijo, En el Espíritu Santo. ¡Inmenso Padre. Inmenso Hijo. Inmenso Espíritu Santo! Esta

aclamación, gemido inenarrable y ardiente del Espíritu, es lo único que hace posible la enloquecida confianza que despoja las raíces del corazón para esperar todo y sólo de Él.

El camino hacia la adoración, cuya cristalización suprema es la plegaria eucarística, no es otro que la larga, perseverante y fiel oración silenciosa. Sin análisis que perfilar, sin catequesis que preparar, sin homilias que proyectar. Estar junto a la mesa, bajo la Cruz. Estar, mirar, acogerse, refugiarse, abandonarse. Hechos un lío, llenos de contradicciones, asustados de los propios pecados, incapaces de transfigurar los complejos,... Volver a mirar, volver a acogerse. Aleluya. Amén. Aleluya. Amén. Pasando así días y noches. La sonrisa silenciosa del Crucificado iluminará nuestras noches, prenderá fuego en los corazones, movilizará las rodillas vacilantes. Ese encuentro íntimo, ese conocimiento interno, esa experiencia sapiencial y viva, en el seno de Jesús, nos pondrá en pie como testigos. Éramos apóstoles, enseñantes del mensaje, y acabaremos siendo hermanos menores de Jesús, heraldos humildes de su victoria. No podemos ya avanzar por el camino si no nos disponemos a ésta "existencia continuada", de la mano de Aquel que nos ha acogido, nos ha llamado y nos acompaña siempre. Sin quitar nada al trabajo teológico y al análisis eclesial e histórico, llega la hora de anteponer, la adoración, la alabanza, el silencio, la intimidad del Señor. Así avanzaremos en su camino sin retorno.

Tengo la seguridad de que al dejar que el Señor se acerque tanto a nosotros, se obrará el milagro de un nuevo paso en la fraternidad. Vivir como hermanos a corazón abierto. Amarnos en las entrañas de Cristo y por ello aceptarnos tal como somos, perdonarnos sin medida, sostenernos en las sendas con paciencia, cargar con alegría con todas las flaquezas espirituales y corporales. Los distintos acentos de las existencias apostólicas que vivimos, se unen en la profundidad.

No puede el rigor del análisis ahogar la audacia misionera, ni tampoco el atrevimiento misionero abandonar los viejos caminos de la Iglesia santa como si empezáramos hoy. Si no nos atrevemos a arriesgarnos al camino nuevo cualquier día el desaliento alcanzará el corazón y el fuego del camino de Emaús podríamos arrojarlo de las entrañas, dejando que el mundo, el demonio y la carne nos ofrezcan más seguridad y más distensión. Pero al tiempo, si no amamos a ésta Iglesia que es nuestra madre, así como ha sido y es, si no nos identificamos con sus culpas, si no aceptamos a los hermanos tal como son, no podremos hacer el éxodo en el corazón de la Iglesia. Seremos los reformadores que no se siembran como grano de trigo. Y la paz y el gozo de los siervos, dispuestos a perder todo, no irradiará como presencia alentadora a los hermanos.

Los pobres, los últimos de los pobres, son los hermanos más cercanos que el

Señor nos dio para el éxodo. Si desplazamos el camino pastoral hacia la "misión viva" del modelo apostólico primero, el Señor a través de ellos nos consolará, nos corregirá, nos alentará. El, por ellos nos irá señalando el camino. Incluso nos ayudarán a entrar a la figura del Siervo Jesús, para ser hermanos de todos y de todas las criaturas en el corazón de la Iglesia y del mundo. En ésta siembra, la esterilidad y la amarga soledad deben de ser recibidas con cantos. ¡Magnificat!, siempre y en todo lugar. Permaneciendo junto a Él, se transfigurarán cuerpo y espíritu, a medida que se abran las heridas para dejar pasar su ternura.

Perdonadme éstas palabras, en camino, mientras vamos a la Pascua. No son unas recomendaciones de un viejo maestro de novicios, ni siquiera un aviso cariñoso de un hermano mayor. Son un canto a Jesús, una aclamación a su victoria, ahora que nos hacemos al cenáculo y a las sendas con una simplicidad desacostumbrada. Del día se pasa a la noche y de la noche al día más claro y victorioso.

Un abrazo entrañable,

Marcelino.